

El grito

Ursula Gonzar

Linora, que llevaba tres semanas instalada en el túnel que corre del abandono a la muerte, vio llegar a una niña de cabello de seda, negro y liso como el ala del cuervo. Ella la tomó de una mano y la invitó a jugar. A Linora le gustó sentir su mano calentita. La llamó Susana y fue su amiga desde entonces.

Lo que más gustó a Linora fue el pequeño mico de pelo marrón oscuro con puntas amarillas, cuyos ojos pequeños y redondos destellaban alegría. Hacía mucho tiempo esperaba a ese mico, desde que papá Teodoro le platicó que en un lugar lejano, cerca del mar, en donde había selva, grandes árboles frutales, ríos y caídas de agua, vendían macacos. Un día que la niña debía tomar una cucharada grande de aceite de ricino, a cambio de hacerlo, su padre le prometió traerle el mico.

De eso ya eran seis los viajes que don Teodoro había hecho, y él no imaginó la febril expectación de su hija Linora, y su gran decepción al verlo regresar sin cumplirle la promesa.

Cuando Susana llegó con el pequeño mico en sus brazos, Linora pudo al fin levantarse de la pequeña silla en que estaba sentada hacía tres semanas, porque su madre no llegaba.

"Vete a jugar, chiquita", le insistía una y otra vez Camila, tratando de que se levantara de la silla, y Linora seguía raca raca, meciendo el sentimiento de no ver a su mamá. Cuando Linora pensaba en su madre, la recordaba llorosa, fruncido el ceño y al cuidado de Panano, que hacía ruido y desastres. "¿Cuándo vienen?", preguntaba a su hermana Camila, a Élida y a don Teodoro; le

contestaban una y otra vez: “mañana, mañana llega tu mamá”. Pero mañana, ni otra mañana, ni muchas mañanas su madre llegó.

Linora y Susana llegaron al jardín, y ahí las esperaba una mujer alta, gorda, y luminosa. La mujer tenía la voz suave y modales cariñosos. Linora supo que era su nueva nana y ahí, a su sombra, jugó Linora cientos de veces con Susana y el mico, al que llamó Tosferina.

La casa de la familia de Linora se deterioraba a ojos vistas, comenzaba a mostrar inocultables síntomas del estado de ánimo de sus habitantes. El jardín trasero también se contagió de la tristeza que los embargaba. Ni muy chico ni muy grande, crecían en él, anárquicos, el pasto y las plantas. "Hasta aquí no llegan los listones de acero", consideró Linora, y se sintió a salvo en su jardín salvaje.

Rodeaba el jardín de atrás un muro azul añil, descascarado, que dejaba ver capas de pintura de otros tonos más cálidos. Linora veía en él historias en donde ella era la heroína y Susana la acompañaba. Ahí se subieron al caballo blanco con manchas doradas que llamaron Sarampión; sintió el estremecimiento y vigor de sus músculos entre sus piernas blancas y flacas, vio el fruncido temblorín de las narizotas negras de su potro y escuchó el relincho que dejó al descubierto sus enormes dientes. Susana iba montada en ancas, reía y se abrazaba a Linora que llevaba la rienda de Sarampión. Se acercaron al río color chocolate, cuya creciente se había hecho peligrosa; le ordenó avanzar, y el potro entró en el agua y empezó a nadar. Los zapatos de charol de Linora y también los de Susana se empaparon, pero el caballo siguió adelante hasta cruzar el río. Después fueron al trote, brincando obstáculos. Aires de libertad acariciaron sus cuerpos pequeños.

Ahí también, contra ese muro, se dibujaron montañas y Linora se elevó y pudo volar como las mariposas y las abejas sobre los árboles, viendo hacia abajo a las personas y a los animales empequeñecidos.

La tarde que iba con Susana camino a la escalerilla hacia la azotea de su casa, con el fin de probar con el paraguas abierto que llevaba en una mano, su capacidad de vuelo, escuchó el llamado de su hermana Camila: “si no vienes te traigo de una oreja. Es hora de comer, no abuses de mí, niñita, que tengo muchas cosas que hacer”.

Se sentó frente al plato y sus ojos quedaron muy cerca del alimento; miró las gotas de grasa y los pellejos de la salsa de tomate, entre los que nadaban las conchitas de la sopa. Le entró náusea de inmediato. “No quiero esto”, dijo, y alejó el plato. Su hermana Camila la miró preocupada. Estuvo feliz de ver a Linora levantarse de la silla en donde estuvo soñando durante tres semanas, con la mirada perdida y el raca raca de su monótono mecerse. Pudo convencerla mediante argucias, y le dio de comer en la boca unos cuantos trocitos de carne. “Una la luna”, le dijo dándole un bocado. “Dos el reloj”, y otro bocado. “Tres San Andrés”... y continuó, paciente, hasta hacerla comer algo.

Desde ese día la niña comenzó a pasarla bien, y decidió que Camila era su nueva mamá. Camila y Élide, su segunda hermana, estaban muy contentas y le mostraban cariño. Cantaron muchas canciones rancheras, hicieron a menudo fiestas con agua de tamarindo y galletas de soda en las que pusieron queso amarillo, miel de abeja, y media nuez encima. Invitaron a amigas grandes como ellas, y llenaron la casa de risa y algazara. Estuvieron alegres como no las había visto Linora antes, ni las volvería a ver. Eso duró hasta el regreso de los ausentes.

Al cabo de seis meses regresaron madre e hijo. Al hermano Panano le habían abierto la cabeza, porque ahora sí lo iban a curar. El enfermo no se curó, y las trifulcas continuaron como antes de que se fueran a buscar su salud. Su madre lloró mucho y todos giraron en torno a Panano. Si hizo... si no hizo... Le pusieron una mesita en la terraza de la casa que daba hacia la calle, con un radio, cuentos y juguetes para su entretenimiento, pero los escuincles de la calle se organizaban para ir a hacerle burla, quitarle cosas y reírse de lo lindo cuando Panano se mordía una mano de puro coraje. Los moretones fueron parte de sus manos toda su vida, que fue larga.

Por la noche su madre hacía rezar a Linora hincada de rodillas: "Pide perdón a Dios para que cure a tu hermanito". Su hermano era el castigo de Dios por algo malo. Linora se preguntó "¿Fui yo? Tal vez no soy buena, porque no me gusta obedecer. Porque mi madre no me cae bien cuando llora... porque me choca ir a la iglesia... huele a viejitos y a cera y me aburro muchísimo".

El cielo de la infancia de Linora desmoronaba sus esplendores sobre su cabeza rubia y sólo ella lo veía, porque los grandes estaban como aplastados por la desgracia de tener entre ellos al adolescente sin ningún pensamiento en el cerebro, que generaba desbarajustes interminables. Daba asco verlo comer y le gustaba dar pellizcos a todo el que se acercara.

Linora se pasaba muchas horas en su jardín, en donde los listones de acero que la niña se figuraba cuando los grandes se enfurecían, ahí no podían alcanzarla. En su jardín no le faltaba nada. A Panano no lo dejaban ir ahí, colocaron una puerta y ya no pudo entrar. Susana la acompañaba siempre, era muy divertida, con su pelo negro que al saltar hacía los gestos y tenía los brillos de una seda pesada. Tampoco le faltaba su nana de luz, que la hacía sentirse protegida. Tosferina tampoco faltó, y muchos otros personajes entraban y salían

de sus juegos. El día que se le aflojó el primer diente, brillaba el sol y muy temprano llegó el elefantito volador que llevó a Linora y a sus acompañantes, a la copa del árbol de su jardín, para mirar de cerca los nidos de los gorriones amarillos que dibujaban ahí su algarabía.

A Linora le gustaba mucho observar a su hermana Camila, cuando después del baño, ante un pequeño espejo que ella colocaba en el patio, se peinaba su cabello largo y negro, en contraste con sus ojos de un azul muy bonito, con chispas amarillas. Después de mirarla largamente se dio cuenta: Camila era el ser más hermoso de la tierra. Linora entonces se asomó al espejito para verse a sí misma y por primera vez tuvo idea de ser esa que veía. Con extrañeza recorrió su propio rostro pálido de ojitos avellanados, nimbado por un aura dorada. Se pasó las manos por la cara y se miró los dientes grandes de adelante recién estrenados y supo que eran, según Camila le dijo, los definitivos.

Un sábado se armó una trifulca, porque a la hora de comer fueron a llamar a Panano a la mesa y lo encontraron encuerado. Alguien de afuera le había robado la ropa, incluidos los zapatos. Nunca se supo quién fue, y entonces colocaron en la puerta de la de entrada un gran candado, púas sobre la verja para que nadie llegara hasta él. Poco tiempo después, Linora buscó a su mamá en su recámara, en donde también dormía Panano. Lo vio con algo entre las manos saliendo de su bragueta, pensó en una víbora entre la maraña de pelos, y la recorrió un estremecimiento de horror.

El escándalo se incrementaba, y un día fue insoportable, Linora sintió de nuevo los listones de acero que chicoteaban en su casa, buscaban alcanzar a todos. A ella no, porque huía a su jardín salvaje para no ver a sus hermanas grandes, trenzadas como venados en lucha, cogidas de las greñas y girando por

toda la sala. Tampoco quería ver a don Teodoro su papá, gritar las maldiciones cada vez que algo no salía bien, y a su mamá muy afligida.

A Linora le gustaba ver las grandes manos de su papá enguantadas de oscuro por el sol del campo; dibujaba con gran delicadeza; utilizaba manguillo, plumillas, tinta china y diversos instrumentos. Su madre por ese tiempo lloró cada vez que hablaba con Teodoro, y Linora habría querido salvarla de su llanto. Pensó: "papá la hace llorar al decirle: "siempre andas bailando el can can", también, llora a causa de que su hermano rompió la linda maceta de jazmines que ella cuidaba tanto". Pero se sintió muy mal cuando pensó que nadie sino ella causaba el llanto de su madre por andar "papaloteando en las nubes" como le dijo Elida burlándose, el día que la observó; no siempre veía a Elida, pues estaba ocupada con sus estudios y lejos de casa.

Entonces pensó: "Papá es hermoso, sabe contar historias y levantarme al cielo. Pero también es diablo: cuando uno de los listones de acero lo alcanza, ruge como tigre". Don Teodoro tomó la costumbre de hacer volar por los aires todos los platos y vasos, con todo y el mantel. Arrancó las puertas de su marco y jaló los focos, que saltaban en astillas. Rompió incluso sus propios planos en los que había estado trabajando durante semanas. Pero no se le quitó la pena que sentía por el incurable estado de su único hijo varón.

Ese verano un minero le regaló a su padre un cerdo, y Linora se puso contenta de verlo. Como le explicaron que los cerdos pueden atacar a la gente, y era un animal muy grande, no se acercó a tocarlo. "Vendrá un señor para sacrificarlo", dijeron. La niña rogó a su madre que no lo sacrificaran. El verdugo llegó un fin de semana muy temprano para hacer su trabajo. Linora escuchó un grito eterno que se parecía al de Panano. Nunca más comería

puerco, se prometió, cuando vio los trozos de carne y las cubetas rebozando sangre. Esa noche cayó enferma con fiebre.

A solas en su cama, comenzó a sentir que dentro de ella corría un viento de miedo; se enfrentaba a algo vivo, espantoso, que creaba fantasmas y monstruos. Ya no quiso caminar sola en lo oscuro, porque entre las recámaras y el baño, en el pasillo negro, estaban ellos. Los oscuros se asomaron por una ventila de su cuarto avivándole la fiebre y se comieron su sueño. Tardó varios días en tranquilizarse.

Después, a veces, al cerrar los ojos, podía verlos: eran raros y grises, de tamaño pequeño, cuerpos deformes y extremidades peludas con largas uñas, ojos malos y sonrisa llena de dientes afilados. Uno llegó hasta su cama y le mordió el dedo de una mano: la despertó el dolor. También le jalaban las cobijas y despertaba helada y temerosa. Se escondieron por todos los rincones oscuros de la casa pero, por fortuna, no entraron nunca en su jardín salvaje, sino que permanecieron escondidos en la oscuridad. Linora anduvo llena de pavor y pidió que hubiera una lamparita encendida a su lado toda la noche.

A veces Linora recogía muestras de mineral que había regadas por toda la casa y que don Teodoro observaba con la lupa. A Linora le encantaban sus colores, opacidades y transparencias, y las acomodó muchas veces en sus juegos. Eran los tesoros que encontraba en las cavernas del jardín. Desde ahí ella acompañaba a don Teodoro a las minas, en donde palpitan los minerales corriendo como ríos diferenciados, con sus azules, verdes, variopintos, entre la piedra común y corriente, tal como él le había contado.

Don Teodoro salía a menudo al campo en busca de vetas de mineral, con sus botas mineras y su casco, vestido todo de color café claro. Llevaba su

teodolito, estadales, estacas de madera, un cuaderno de números y una caramayola para el agua.

Las mujeres que en la casa sumaban seis con las dos empleadas domésticas, estaban contentas durante los viajes de don Teodoro. Hacían tortillas de harina y pasteles, cosían vestidos y bordaban, y se reunían formando un círculo para reír entre ellas; pero en cuanto el hombre regresaba del campo, se ponían tiesas, nerviosas, y se les agriaba la risa. Dejaban de reunirse.

Don Teodoro sabía ser una furia y Linora entonces lo odiaba. Estuvo enojada por el lloro de su madre, e imaginó que su papá se inflaba como un globo y estallaba, llenando de pedacitos las paredes de su habitación. También a ratos ella se encerró y con un cinturón golpeó los muebles, como vio a hacer a papá con Panano, mientras éste gemía.

Un sábado muy caliente, el grito alcanzó a Linora bien de cerca y pudo ver lo que sucedía. Estaba entre los helechos del patio delantero, sentada en el frescor del piso en uno de esos días en que el sol inclemente agobia a las personas de su tierra; jugaba matatena compitiendo con Susana cuando la atacó aquello que se le metió agudo por las orejas. Las astillas del grito erizaron su piel, se clavaron en ella y cabalgaron en su sangre como agujas punzantes. Alcanzó a ver el cuerpo del hermano estrellarse contra las baldosas rojas, fuertes espasmos convulsivos lo estrujaban; morado el rostro, echaba espuma sanguinolenta por la boca causada por la mordida que sus dientes infringían a su lengua. Linora recordó al cerdo hecho trizas. Los adultos corrían en derredor como gallinas descabezadas. Del grito brotaban todos los males: los listones acerados que chicoteaban en su casa y perseguían a los mayores. Cuando los alcanzaban los zarandeaban removiéndoles las tripas y la ira. Los enojos salían

de ahí, también los oscuros que se desparramaron por los rincones. Sucedió por la mañana, la tarde o la noche, un día sí y otro también.

De eso escapaba Linora en el jardín de atrás. Ahí pudo vivir aventuras y no escuchar nada. Todo el estrépito quedaba muy, muy lejos, dejaba de oírlo. Ahí estuvo acompañada de la infaltable Susana, de su nana de luz, de Tosferina, y otros más que llegaban y se iban. Suplían la ausencia de amiguitos que la enfermedad de su hermano, no permitía que entraran a su casa a jugar con ella.

Su hermana Camila la miró con atención y empezó a preocuparse por su hermana Linora, cuando ésta ya no aceptó ninguna de sus propuestas y todo el tiempo se la pasaba en el jardín. La vio hablar sola y pasarse horas contemplando el muro azul. Entonces decidió dar unas manos de pintura a la pared, y convenció a su madre de traer a un jardinero para poner orden en el pasto y sembrar flores. También trató de explicar a Linora, aunque no podía hacerlo, las cosas que en su casa sucedían. Estos hechos marcaron poco a poco una diferencia; además llegó el día del ingreso de Linora al primer año de primaria.

Ni Camila ni su madre sabrán nunca, que Linora guarda con gran cuidado a la niña y sus recursos imaginativos, y que estarán siempre disponibles a su llamado.